

LA BANDERETA



P. Passos 91

Núm. 5.

Barcelona 22 Octubre de 1891.

Año I.

10 CÉNTIMOS

10 CÉNTIMOS



Jassut

¿Quién lo ha dicho que no sucede nada?
 ¿Tan infelices somos los españoles que no tengamos algo con que cooperar á la crónica diaria del universo? ¿Somos quizá tan pacíficos que ni pensemos siquiera en tomar parte en la conflagración europea que se prepara?

Oigo una voz secreta, siempre son secretas esas voces, que me dice:

—«¡Cállate, gazzápiro! No turbes el entusiasmo de la ciudad de Búrgos, ni la enfermedad de Cánovas, con preguntas ociosas ni insinuaciones imprudentes.»

¡Pero, señores, cuán cerca está la alegría del dolor! Naturalmente que las fiestas que allí se celebran tendrán cierto dejo amargo, porque no se

olvida tan fácilmente una catástrofe como la que hace pocos días ocurrió á las puertas de la ciudad burgalesa. Así está el mundo: lleno de contrastes.....

¡Cánovas enfermo! Gravísimo. Digo, no gravísimo por el estado del enfermo, sino por el de los negocios públicos, que en los actuales momentos se ventilan.

Porque, ¿qué va á suceder aquí si la indisposición de Cánovas se prolonga?

Alguién sospecha, fundándose en que otro presidente del Consejo, se vale de semejante estratagemá, cuando alguna nube precursora de crisis se cierne encima la cabeza de los ministros, quedándose algunos días en casa, en tanto se despeja la atmósfera política; pero el Sr. Cánovas... ¡Oh! el Sr. Cánovas es un político sério y no sirve para cómico y *La Dinastía* al consignarlo naturalmente que lo sabe de buena tinta.

*
 **

Pero, gracias á Dios, en los momentos que mis lectores fijen los ojos en estas líneas, el ilustre personaje ya estará en disposición de empuñar nuevamente las riendas del *landó* del gobierno.

En tiempo de conservadores esta calificación me parece la más justa, así como en época sagastina le llamaría *ómnibus* ó *diligencia* y en revuelta republicana *carro* ó *carretón*, que es lo más popular que puede darse.

Pués, sí, según las noticias transmitidas por el telégrafo, el Sr. Cánovas á estas horas habrá ya salido de su palacio completamente sanado de su indisposición.

Y por fuerza debe de haberse aliviado después de la conferencia celebrada con el Sr. Romero Robledo, que, según parece, ha aprovechado su estancia de paso en Madrid, para oír de labios de su antiguo jefe todo el programa conservador.

¡Oh! que fatigoso debe ser andar por esos mundos llevando á cuestras todo un programa de gobierno, buscando á quién contárselo de *pe á pa*.

¿Pero, hasta ahora, después de cerca dos años de hallarse en el poder no expone el señor Cánovas lo que quiere y á dónde va?

Si *La Dinastía* no hiciese constar que su jefe es una persona seria, cualquiera le tomaría por graciosa.

Porque tiene mucha miga lo que del señor Presidente del Consejo de Ministros nos cuentan los telegramas.

*
 **

Ha fallecido Ducazcal, el célebre empresario madrileño, tan popular en la coronada villa como *Ignasi* del Tívoli en Barcelona.

Ducazcal había sido también Alcalde de Madrid, y en la actualidad era diputado de la nación. Fué un empresario excelente y laborioso; un Alcalde como hay pocos y un político por que sí. Descanse en paz.

*
* *

Pero dejemos á los muertos reposar en silencio y ocupémonos de los vivos. Y ¿qué mejor manera de olvidar penas y dolores? Hablando de cosas agradables. ¿Quieren una mis lectores?

Allá va.

«El Gobierno ha comprado recientemente 50,000 kilos de plata.»

¿Para qué dirían Vds.?

«Para la acuñación de moneda en la Isla de Cuba.»

¡Adios, mi dinero!

Con que, ya lo tienen entendido los españoles: si quieren saber lo que son monedas, recojan los equipajes y ¡á Cuba!

Los peninsulares, por ahora, nos quedamos con el vacío en los bolsillos.

No nos alegremos pues.

Felices los negros, por que de ellos serán los 50000 kilos de plata.

*
* *

Una de las cosas más originales de la presente *Octava*, es un artículo que publica *Le Matin* de París, tal como se escribirá en Diciembre de 1894, terminada la guerra europea que hace tantos años se prepara.

No deja de ser curioso el modo como pinta la situación en que habrán quedado los pueblos después de la gran lucha.

Por de contado que á los españoles nos devuelve Gibraltar. Gracias, señor articulista ingenioso y profético, muchas gracias.

Agradecemos á V. la buena intención.

Pero cuidado, porque muchas veces las cañas se vuelven lanzas. No olvide V. que la otra vez, al primer tapón, zurrapas.

TOMÁS DE VILLANUEVA.



Una mesa bien provista
de comida succulenta,
mucho dinero en las arcas,
lo tomaría cualquiera.



SECRETOS

En la celda de un loco, que estaba en Babia,
Y hace cuatro ó seis días murió de rabia,
Hallé, medio tapados con dos ladrillos,
Dos ó tres papeluchos muy amarillos,
Eran unas curiosas definiciones,
Del loco sacrosantas inspiraciones,
Hechas en sus momentos los más felices
Y escritos con la sangre de las narices.
Echemos á la calle tales apuntes,
Para que se diviertan los transeuntes.

I

La *muger* es un ángel (en cierto modo)
Que debe estar atada codo con codo,
Porque como se mire muy mimadito
Hace muchas trastadas el angelito.
Nace para señora de las naciones
Y arregla á su capricho los corazones;
Vendé cualquier secreto casi de balde
Y se pinta la cara con albayalde.
Se hace la indiferente, y al hombre adora,
Y cuando le conviene suspira y llora:
Habla toda su vida como un lorito.
¿Qué les parece á ustedes del angelito?

II

Es el *hombre* un sujeto muy apreciable,
A distancia de un tiro muy aceptable;
No tiene consecuencia, ni le es precisa,
Ni tiene ley al cuello de la camisa;
Va haciendo caso omiso de sus deberes,
Y suele divertirse con las mugeres;
Le seduce del mundo la eterna gresca
Y casi nunca sabe lo que se pesca;
Amante del negocio, que es lo seguro,
Se pega con su padre por medio duro.

Cruza la vida airado y atrabiliario,
Y cuando llega á viejo reza el rosario;
Para hacer algún daño nunca está quieto.
¿Qué me dicen ustedes de ese sujeto?

III

Es el *amor*, al ménos el que hoy se estila,
Una especie de taza de agua de tila,
Calmante, antinerviosa, flor delicada,
Ni tiene consecuencias ni sabe á nada:
Pasatiempo le llaman los amadores.
¿Qué me cuentan ustedes de sus amores?

IV

La *riqueza* es gran llave: ¿quién la valúa,
Si unas veces es llave y otras ganzúa?
Con ella no se sufre de ningún modo,
Y el mortal que la tiene pasa por todo;
Hace á los majaderos intelijentes,
Y eleva á la gentuza sobre las gentes;
El mundo miserable ciego la adora.
¿Sabe alguno de ustedes de esa señora?

V

Es el *pobre* un zopenco muy mal vestido,
Que anda por las calles como un perdido;
Pasan sobre su cuerpo todos los males
Y duerme por las noches en los portales.
Pidiendo va limosna de puerta en puerta
Y los hombres le dicen que se divierta.
Sumido en la miseria, metido en fango,
Se muere en el arroyo como un zanguango.
El mundo se divierte: ¡lector, ten juicio;
No seas nunca pobre, que es mal oficio!

EUSEBIO BLASCO.

DOLORA

I
—Que pesadumbre te está
mortificando?

—¡Me aflijo
por la pérdida de un hijo!
—Otro el cielo te dará.

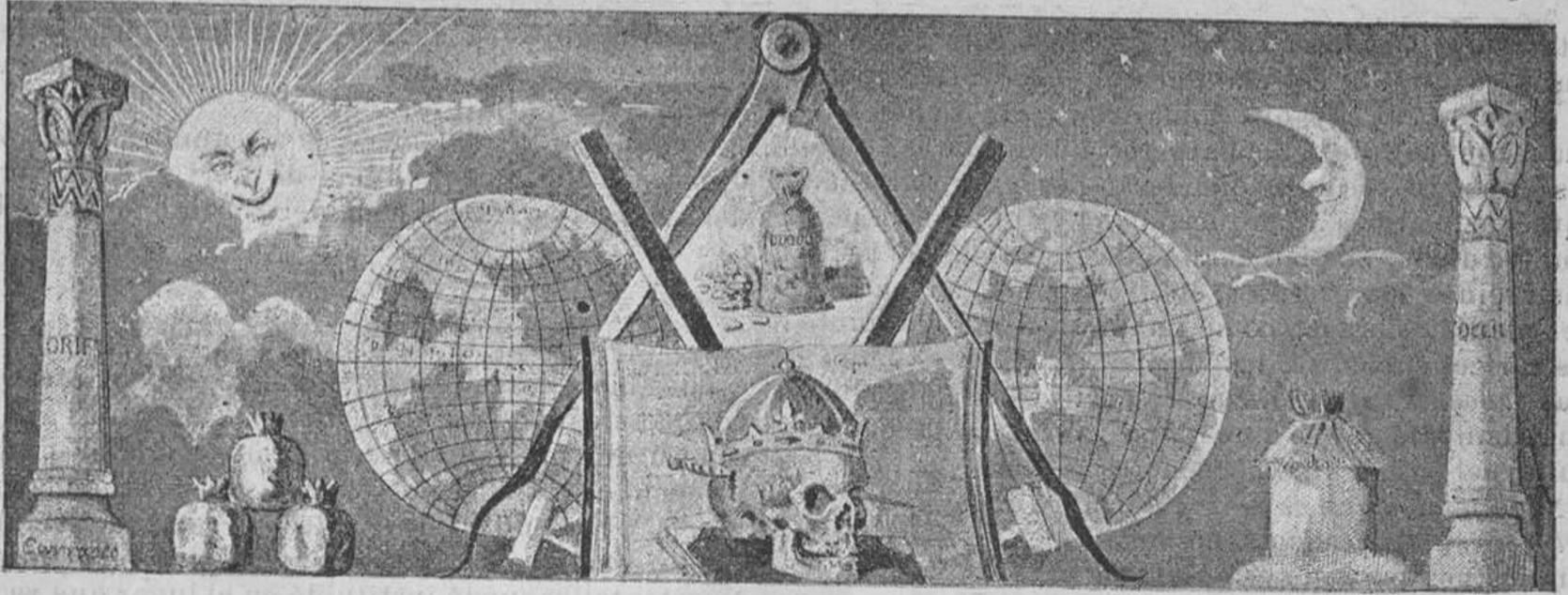
II

—¡A qué esa adusta esquivéz?
—¡Lloró una esposa querida,
que era encanto de mi vida!.....
—Cásate segunda vez.

III
—Qué motiva tu pesar?
—¡Mi madre ha muerto!

—¡Dios Santo!
No economices el llanto...
No te canses de llorar.
Que no hallarás cosa alguna,
entre la fosa y la cuna,
que mitigue tu dolor:
porque madre, solo hay una,
y un amor solo..... ¡su amor!

MARCOS ZAPATA.



À RIO REVUELTO...

Verdadero relato de un hecho histórico, que ha sucedido por mas increíble que parezca.

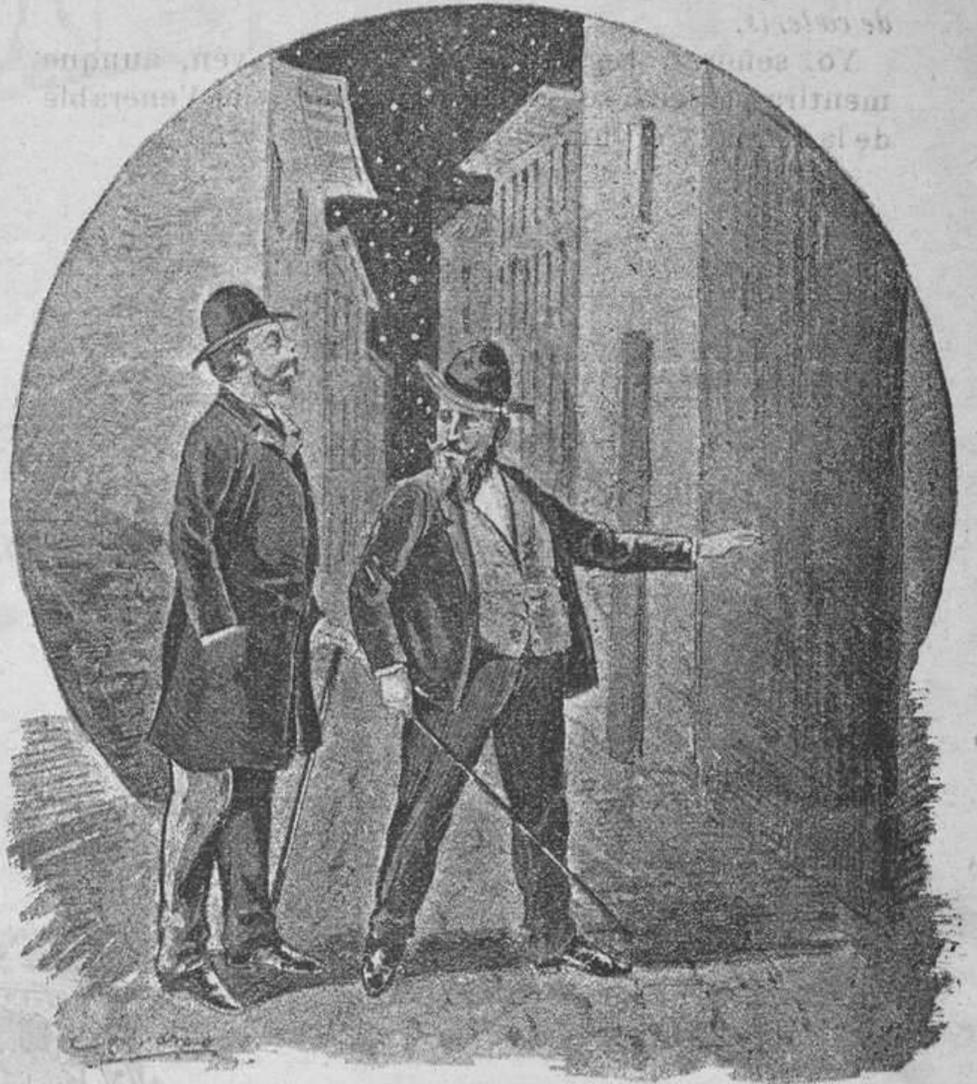
El cómo lo verán, el *en donde* y en *qué tiempo* me lo callo por puro discreto; que aunque romo, no se me oculta el que los escritores prudentes, si es verdad que no pueden mentir, no deben decir *aquella* entera. Y más mérito tiene el callar ciertas verdades que el pintar ciertas mentiras: porque si es difícil encubrir éstas, no menos lo es el mantener á aquéllas encerradas dentro del oscuro calabozo del silencio.

El que quiera conocer los verdaderos nombres y apellidos de las personas que figurarán en esta novela, y los demás detalles de la misma, puede dirigirse á D. Rodolfo Fingido, que vive en la plaza de la Libertad, entre sol y sombra, doble derecha ¡dré! Me he descuidado de poner el nombre de la población, pero eso es lo de menos: y si los carteros son inteligentes, no necesitan más señas que las puestas, para acertar el destinatario.

Y voy á empezar, porque vosotros, (¿quiénes sois vosotros?) (¡ah, mis lectores... si los tengo) estais impacientes, y yo estoy cansado. Sólo me queda que hacer una advertencia y esta es la siguiente, es á saber, esta que vais á oír que textualmente dice, conforme al original de que certifico: esta historia, relato, juicio crítico, vida, biografía, novela ó lo que fuere, comenzó á ver la luz privada (y digo la privada porque pública debió serlo muy poco) en una chispeante Revista que la muerte nos arrebató á la flor de su edad. (Supongo que entenderéis que quiero decir en su juventud, y si bien tenía nada más que algunos meses, hablaba y discurría como una mocetona). Pues bien; una enfermedad (súbita, por supuesto, y he de advertir que mis lectores... *benévolos* (¡psché!) habrán de quitar los epítetos que sobran y poner los que falten. Saben lo que son epítetos? Pues, nada; son esas palabras que nada dicen y sólo sirven para adornar la frase y para embadurnar papel.) Digo que una enfermedad súbita ó una súbita enfermedad tuvo el antojo de hospedarse en el cuerpo del protagonista, del *héroe* como si dijéramos, el cual no es otro sinó el que tiene el altísimo honor de escribir, suscribir y... (¡psché! nada, nada... estoy costipado ó acatarrado) estas *mal pergeñadas líneas*, como suele decirse; y como es poco amante de decir dos veces una cosa, ha pensado conti-

nuarla, (la historia) poniéndoles á Vdes. al tanto de lo *dicho*, en dos palabras, y lo hace así:

Imagínense Vdes. que entran en la calle de Basea,



número 00 bis; suben la escalera de la casa, que nada tiene de particular, y arriba hallan una puerta de entre paños ó entretelas de madera de pino y los basidores de chopo, la cerraja compuesta de un cerrojo en el exterior y de una falleva en el interior: la abren y... *zapatum!* lo primero topan con una biga que de ese modo tan indirecto les advierte á Vdes. que aquello es el desván de la casa. Ustedes, con el consiguiente mal humor, se levantan, y no bien lo han intentado cuando uno de los travesaños del techo les

estampa en la cabeza un beso que más cara tiene de cuscuro que de caricia. Puestos en tal caso, ustedes se dicen: ¡Aquí hay que andar con ojo! y tienen mucha razón, porque si no, habrían ya dado con las narices (supongo que no se ofenderán por sacar á relucir aquí sus narices... porque al cabo y al fin... con perdón sea dicho, si bien cuando de ellas sé habla todos sus vecinos los carrillos, etc., se ponen en actitud de defensa colorados como un pimiento, no obstante las narices suelen ser las víctimas inocentes de nuestras *badoquerías*) digo, con las narices en el marco de una mampara que se abre (y se cierra) para dar (ó quitar) el paso á una... sí señores: á una *logia*.

Nada menos que es la *Logia* madre de la *Masonería del rito chinesco*, nacida en los Valles de Arán y extendida hoy por todo el Universo.

Pues bien: la decoración y demás del templo es el siguiente:

Las paredes están cubiertas con colgaduras negras, y si bien hay algunos agujeros y remiendos incoloros, la necesidad suple los defectos. Los *luceros* de reglamento (que no sé si son *tibios* ó *femures*, allí se representan por algunas medias y calcetines sembrados allá y acullá y prendidos de las sayas de mi abuela (que de tales eran las colgaduras) con alfileres: el dosel del *Venerable* es del mismo paño y está levantado sobre un estrado al cual se sube por tres gradas. Los cráneos por donde han de recibir la luz los neófitos, están hechos de calabazas huecas ó destripadas, que es el sistema más económico, *et sic de cæteris*.

Yo, señores, según y conforme me ven, aunque mentira parezca, soy el Gran Oriente y el Venerable de la Logia, y el fundador de esa masonería.



El gran objetivo de nuestra filantrópica sociedad no puede ser más inocente ni más loable, como verá el curioso lector.

Con esos prolegómenos, voy á reanudar la historia, digna por cierto de la pluma de Cervantes, y verdadera *tercera parte* de la vida del glorioso manchego.

II

ESTADO DE CUENTA DEL CUENTO.

Pues bien: como íbamos diciendo, yo, con otros seis compañeros, amigos de *primo cartello* y más aun del dinero del prójimo, determinamos ejercitar nuestra profesión de moda, y al efecto, sabedores de la existencia de algunas sociedades secretas, decretamos fundar una que no fuese en zaga á la más pintada. Nuestro taller quedó instituido en el lugar que ya han visto Vds., muy apropósito para el fin que nos proponíamos; y de la propaganda que habíamos hecho, nacieron dos aspirantes: el marquesito de Tres Pueblos, y el alferecillo López.



Se había celebrado ya la tenida para la recepción de tan ilustres prosélitos, en la cual sucedieron escenas no menos lindas que las que á continuación se explican. Les habíamos anunciado los fines filantrópicos de la sociedad y ellos habían jurado y perjurado no desmentir con sus obras los buenos propósitos que habían formado.

Yo me había retirado á mi casa, en donde me sucedió un lance muy chusco con una *madame* que fué á hacerme una visita nada menos que en la Cuadra.

Se acercaba la hora en que habíamos convenido celebrar la sesión preparatoria de la segunda formal que debía tener lugar el día siguiente.

En efecto: subí á mi habitación que siempre he acostumbrado colocar en el último piso, en donde me topé con mis seis camaradas que me aguardaban.

(Se continuará.)



LOS PALOS DE LA BARAJA

¡Ved al gran señor de Ka!
Sus lacayos van limpiando
Por donde el señor va andando:
¡Miradle qué orondo va!
Tiene en su casa tesoros,
Mas con nadie los comparte;
Le habláis del amor, del arte,
Y él os contesta... de toros.

—¿A qué juega?

—A *oros*.

Manolo Chupa-porriones,
Zurce-codos y Habla-mal,
Sastre ingerto en un portal
De la calle de Quiñones.
Diz que tiene entre sus ropas
Siempre una *mona* escondida,
Y embebido en la bebida
Hace con vino las sopas.

—¿A qué juega?

—A *copas*.

Llorente era ayer teniente:
Hacia poco papel;
Y para ser coronel
Se echó á la calle Llorente.
Cien gritos, cien asonadas,
Y á los diez años... ¡qué tal!
Es teniente general
Y ametralla barricadas.

—¿A qué juega?

—A *espadas*.

De la Mancha, Pilindrica,
Vino andando en cuatro piés,
Con tanta gracia, que al mes
Le atrapó una vieja rica.
La vieja pagó los gastos
Para hacerle caballero,
Y él, á su arrullo primero,
Tira á su esposa los trastos.

—¿A qué juega?

—A *bastos*.

¡Conque ya veis qué regalos
Nos ofrece el mundo ciego!
Cada *quisque* va á su juego
Y andamos todos á palos.

F. MARTINEZ PEDROSA.



Grabado para ilustrar
un libro cualquier ú obrilla,
que se puede titular:
«Historia de nuestros días»

**Un moro, un loro, un mico...
... y un señor de Puerto-Rico.**

Un señor de Puerto-Rico
al balcón tenía un loro
de rica pluma y buen pico,
loros que son un tesoro,
loros que cuestan gran pico.

Al vecino, que era un moro
de Tetuan, llególe un mico,
ató bien al mico, el moro,
á un balcón, y en otro el loro
quedó, no lejos del mico.

Pero tanto charló el loro,
que cargóse un día el mico
y, rabioso cual un toro,
lo embiste; se esconde el loro,
rompe la cadena el mico.

Salta á la jaula del loro,
sale el loro, pica al mico,
chilla el mico, charla el loro,
y, al ruido, sale el moro
y el señor de Puerto-Rico.

«¿Por qué no enjaula ya al loro?»
«¿Por qué no amarra ya al mico?»
exclaman los dos á coro;
amansando el uno al loro,

tirando el otro del mico.

Cae el mico sobre el loro,
el loro le clava el pico,
crujen los dientes al mico,
y, aturdido, muerde al moro
y al señor de Puerto-Rico.

Éste reniega del loro
y jura matar al mico;
en tanto, furioso el moro,
provoca al amo del loro
y embiste al loro y al mico.

Hacia arriba sube el loro,
abajo se escurre el mico,
y con falta del decoro,
agarrado queda el moro
al señor de Puerto-Rico.

«¡Ay, moro, si pierdo al loro!»
le dice el de Puerto-Rico.
Replica irritado el moro:
«¡Pagardís muy caro el loro,
cristiano, si pierdo al mico!»

Escarnéceles el loro,
háceles muecas el mico,
y no se sabe si el moro

es quien habla, ó bien el loro,
ó el señor de Puerto-Rico.

Crece el ruido, y cae el loro
á la calle sobre el mico.
Quemado el de Puerto-Rico,
al ver en peligro al loro
otra vez, encima el mico.

Suelta como puede al moro,
entra, sale y pega un tiro
al mico .. mas mata al loro;
desmáyase, rie el moro
y corre á buscar al mico.

Vuelve alegre y trae el moro
al loro muerto, y al mico,
auxilia al de Puerto-Rico
y despues le envía el loro
con esquela, por el mico,

Que dice: «seis onzas de oro
por atentar contra el mico,
á un cristiano pide un moro;
guarde disecado el loro,
pague pronto... y poco pico.»

X,

ALTO EL FUEGO



STABA Perico enamorado como un bruto.

—Tengo que decirle que la amo, aunque me cueste una paliza de su padre que es muy cafre. Yo no puedo vivir así,—exclamaba dejando caer su cuerpo sobre una mesa de noche.

Y, en efecto, un día se las ingenió con la criada de Manolita, niña de quince abriles, tan inocente como hermosa, y la dirigió la siguiente epístola, que, por cierto, despedía un olor á ácido sulfúrico.

«Señorito: le profeso á usted un amor tan dulce como la miel, »y deseando *aliviar* esta *cantárida* que llevo en el corazón, le suplico que, cual *quinina* que corta la *fiebre*, me acepte la pasión que »hacia usted siento, advirtiéndole que de no alcanzar este obsequio será usted el eterno *arsénico* de mi existencia. Mézclese.»

Pasó algún tiempo, y Manolita cansada de recibir flechazos y miradas incendiarias del boticario, le dijo furtivamente en un paseo:

—Perico, es preciso que busques un medio de venir á casa. De otra manera no podemos continuar en relaciones.

Por toda contestación, Perico se rascó fuertemente la cabeza, pensando en el aprieto en que le ponía su novia; más no le fué difícil salir airoso del apuro, porque un amigo suyo se encargó de presentarlo en casa de Manolita.

Los papás, que ignoraban los amores que sostenían, recibieron con sumo agrado al boticario, pero desde que la niña comenzó á adularlo diciendo que era uno de los chicos de más talento del pueblo, se pusieron en guardia por lo que pudiera suceder.

Perico frecuentaba la casa de su novia de una manera escandalosa, hasta el punto de que la gente creía á ojos cerrados que era de la familia.

—Pero, Filomena, ¿si será desvergonzado ese muchacho que á todas las horas lo tenemos entre nosotros?

Los novios se pusieron muy flacos á causa de las resmas de papel que consumieron en poco tiempo.

Don Nicasio se encaró, un día, con Perico, y le dijo con malas formas:

—Vamos á ver, jóven; viene usted á esta casa con buen fin?

—Me explicaré; yo busco todos los fines.

—¡Cómo! —exclamó Don Nicasio atortolado.

—Quiero decir, que estoy enamorado de su hija.

—Bueno; ¿y qué?

—Que deseo casarme con ella.

—Lo siento mucho, pero se quedará usted con las ganas, porque yo no he criado á mi hija para ningún animal.

—Eso es decir.

—Sí, señor, que usted es un mal criado y un zopenco, y cuidadito con volver á esta casa, porque lo arrojó por la ventana. ¡So títere!

—Si no tuviese en cuenta,—contestó Perico con mucha tranquilidad,—que usted será mañana mi suegro, aunque se empeñe en lo contrario, ya le estaba mordiendo en el cogote sin compasión ninguna.

Y aquí fué Troya.

La niña lloraba al escuchar las frases ágras de los contendientes, en tanto que su madre se desesperaba, debajo de una mesa, porque temía que Don Nicasio montase en cólera é hiciese pedazos á su futuro yerno.

Pero resultó todo lo contrario, pues, Perico, sin poderse contener, le dió dos cachetes al padre de su novia con fuerza tanta que lo derribó al suelo, acudiendo, á los gritos, los vecinos, y el celador, y el veterinario, y todo el pueblo.....

—Lo he de matar como á un perro,—decía el farmacéutico sudando la gota gorda.

—Periquito, reflexiona que es mi padre,—exclamaba Manolita bañada en un mar de lágrimas.

El joven cedió á los ruegos de la niña, pero en cambio Don Nicasio, revolcándose en el suelo, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones.

—¿Dónde está ese boticario? Traédmelo pronto que lo quiero comer crudo.

—Papá ¡por Dios!

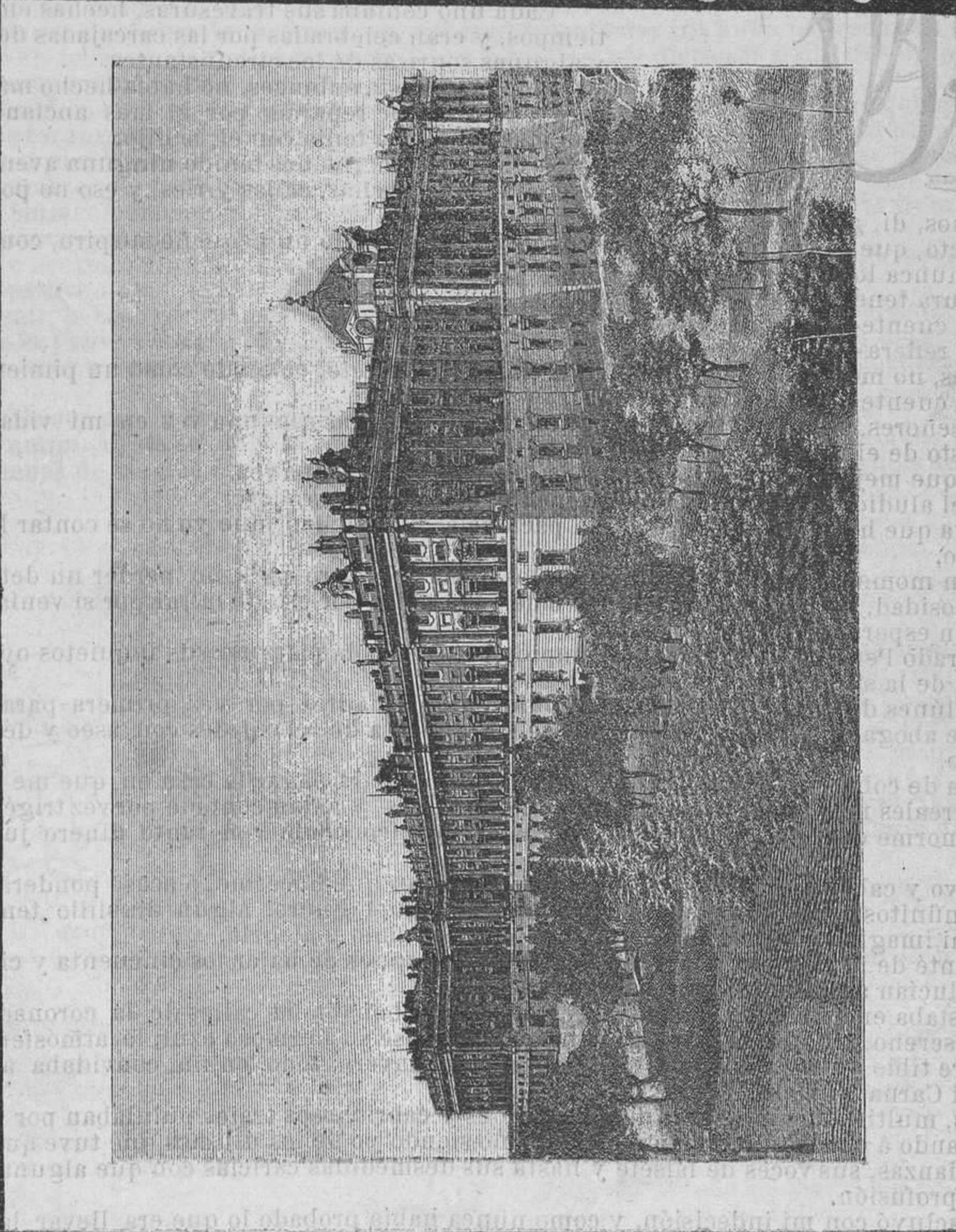
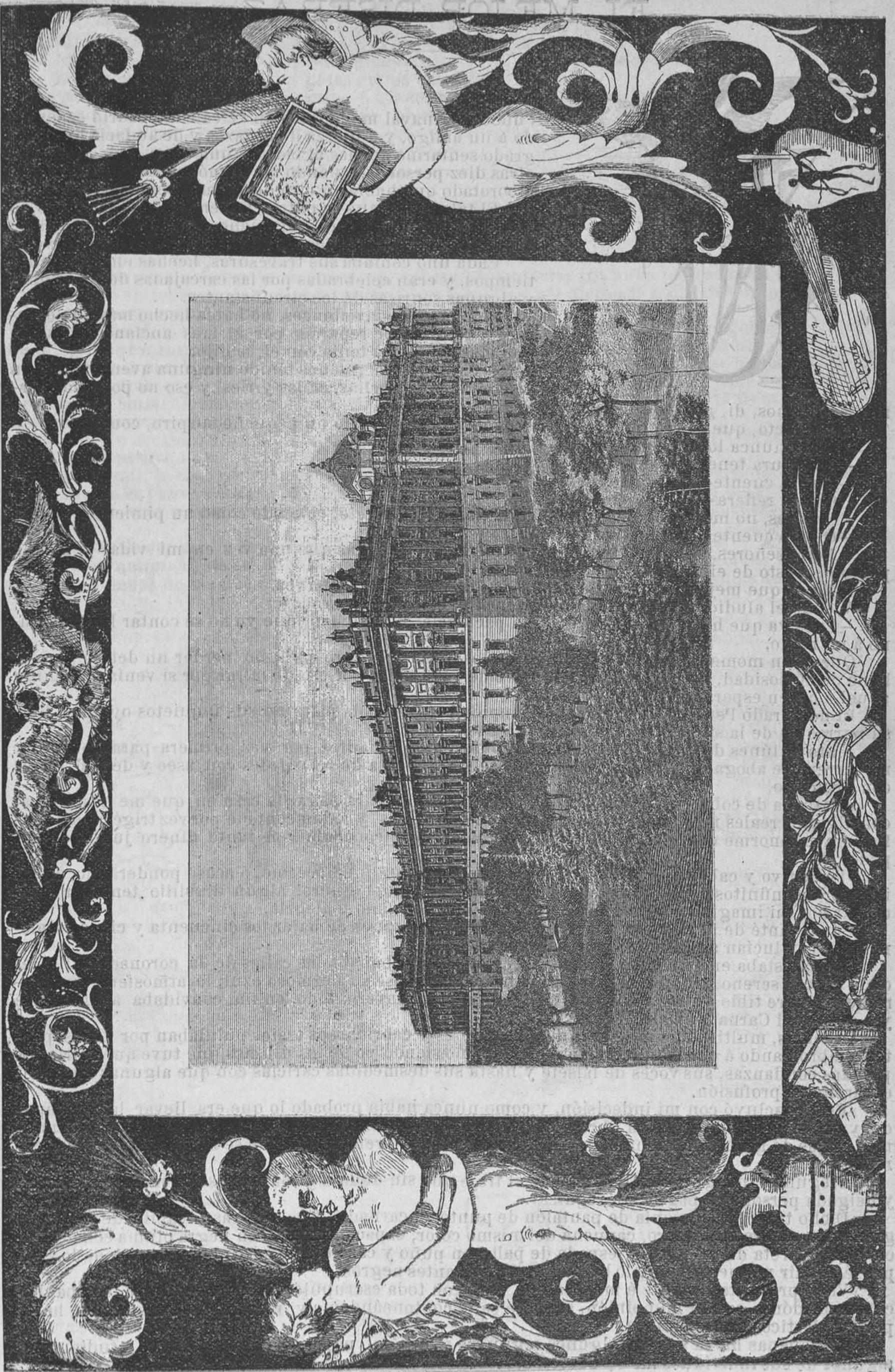
—Nada; hacedme ese gusto.

Afortunadamente todo terminó sin lamentables consecuencias.

Perico quiso suicidarse, pero no tuvo valor suficiente para cojer una pistola; Don Nicasio deseaba devorar al que había de ser su yerno, más le faltaban dientes y fuerzas para acometer tal empresa; Doña Filomena, á fuerza de discurrir, metió la cabeza en una tinaja de agua con el decidido propósito de ahogarse, retirando aquella á los pocos momentos, porque la encontraba muy fría; y, en fin, Manolita, sollozando, quería á todo trance consagrarse al servicio de Dios, en un convento... pero ¡oh, decepción! no tenía dinero para el dote.

RAMIRO VIEIRA DURÁN,

GALERIA ARTISTICA



Palacio Real de Madrid.

EL MEJOR DISFRAZ



N día de Carnaval me hallaba en el café de Madrid esperando á un amigo, y á fuerza de codazos y de audacia había logrado sentarme apenas al lado de una mesa que ocupaban otras diez personas, cuando me llamó la atención el grupo alborotado que había en otra de las más cercanas.

El tal grupo, que se entretenía en sendas libaciones, lo formaban jovencitos, el que ménos de cincuenta años de edad, que se permitían celebrar el Carnaval á su manera.

Cada uno contaba sus travesuras, hechas en sus buenos tiempos, y eran celebradas por las carcajadas de los demás y algunas sonrisas de los circunstantes.

Sólo uno, hasta entónces, no había hecho más que escuchar y reír; lo que reparado por el más anciano, acaso el que más confianza tenía con él, le dijo:

—Tu, Perfecto, ¿no has tenido ninguna aventura digna de contarse? Escuchas, callas y ries, y eso no podemos per-

mitirlo. Vamos, dí, ¿no te has vestido nunca de máscara?

El Perfecto, que ni era tonto, ni corto de genio, exhalando un pequeño suspiro, contestó:

—Ojalá nunca lo hubiera hecho.

—Aventura tenemos—dijeron los unos.

—Que la cuente—dijeron los demás.

—Que la refiera—dijeron en tumulto.

—Señores, no merece la pena—replicó el llamado Perfecto, colorado como un pimiento.

—Que lo cuente—gritaba la reunión.

—Pero, señores, si no hay aventura, ni me he vestido más que una vez en mi vida, y me ha pesado el resto de ella.

—Mejor que mejor; que cuente el suceso—decían todos á una voz.

Viendo el aludido que no había otro remedio, dijo conformándose:

—Pues ya que hay tal empeño, tengan paciencia, y escuchen, que yo no sé contar las cosas sino á mi modo.

Quedó un momento pensativo, apretaron los demás el corro para no perder un detalle, y yo, lleno de curiosidad, procuré volverme todo oídos, sin dejar por eso de mirar por si venía el amigo aquel á quien esperaba.

El nombrado Perfecto, aunque interrumpido luégo á cada paso por sus inquietos oyentes, hizo su narración de la siguiente manera:

—Era el lunes de Carnaval de 185..... Había venido á Madrid por vez primera para continuar mi carrera de abogado, y vivía temporalmente en una casa de huéspedes con aseo y de á 6 reales con principio.

»Acababa de cobrar en aquel día una letra destinada para pagar la casa en que me hospedaba, con algunos reales más para mis gastos de menor cuantía, y había contado por vez trigésima aquella para mí enorme cantidad, pues nunca me había yo encontrado con tanto dinero junto en mi poder.

»Pensativo y cabizbajo quedé por largo rato sin saber qué hacerme, ó acaso ponderando en mi interior los infinitos goces que podía proporcionarme aquel dinero, algún diablillo tentador hizo cruzar por mi imaginación una idea, que me llenó de júbilo y alegría.

»Me levanté de mi asiento, tomé mi sombrero, y despues de bajar los cincuenta y cinco escalones que conducían á mi habitación, salí á la calle.

»El sol estaba en su cenit y con su luz esplendorosa bañaba las calles de la coronada villa; el cielo puro y sereno, sin que la más ligera nube empañase su hermoso azul; la atmósfera transparente y el aire tibio y encantado cual de temprana primavera; todo, en fin, convidaba á divertirse y á gozar del Carnaval y sus locuras.

»Además, multitud de máscaras de abigarrados y caprichosos trajes pululaban por todas partes, embromando á cuantos llegaban á conocer, no siendo yo de los últimos que tuve que sufrir sus pesadas confianzas, sus voces de falsete y hasta sus desmedidas caricias con que algunas me obsequiaron con profusión.

»Esto concluyó con mi indecisión, y como nunca había probado lo que era llevar la cara tapada, y entónces me encontraba libre y con dinero, quise satisfacer tan extraño capricho, y dándome ínfulas de gran señor, entré en un establecimiento—prendería donde se alquilaban trajes y caretas.

»Pregunté, indagué, revolví y ajusté el traje que sin duda alguna ménos convenía á mi larga y delgada persona, y pagué sin regatear.

»Dicho traje se componía de pantalón de punto encarnado, farol de raso, capita de color de grana para sobre el hombro, capucha del mismo color, capacete negro con negra pluma echada hácia atrás, careta de raso azul y espada de palo con puño y cazoleta de acero bruñido, á todo lo cual pensé añadir mi mejor pañuelo bordado y mis guantes negros.

»Volví precipitadamente á mi casa, me vestí con toda escrupulosidad, y cuando ya estaba hecho una Adónis, según mi opinión, salí á la calle contoneándome y respirando satisfacción hasta por los elásticos de las botinas.

»Mas apenas había andado algunos segundos y ante mí pasaba una pedigüeña estudiantina, algunos de sus individuos me saludaron alborozados, diciendo:

» - Adios, ave zacunda; ¿vas á San Andrés á visitar el nido de las cigüeñas?
 » - ¡Eh, mascarita! pareces un pájaro flamenco.
 » - Mira, compañero, métete las patas en los bolsillos.
 » - Escucha, chico - decía uno á otro - á esa máscara le va á suceder lo que al galgo de Lucas, que subiendo una cuesta se le salió el collar por el rabo.
 » Unos niños llorones que venían de retaguardia armados con sendas vejigas, desgraciadamente repararon tambien en mí, pues uno dijo á la sazón:
 » - Mira, Manolo, ése lleva plumas de grajo.
 » Y contestaron los demás:
 » - Pues á ave de paño, vejigazo - y la emprendieron conmigo, aumentándose las chanzonetas y dicharachos de una manera prodigiosa.
 » Yo, que siempre he sido tímido, y que no estaba acostumbrado á tales chanzas ni á bromas de aquella especie, me ruboricé como una chica de quince años, se me ardía la cara, y creo que los colores me salieron por fuera de la careta: sin saber qué contestar iba andando cada vez más deprisa, tropezando en todas partes: ellos conocieron mi torpeza y me dieron la grita del siglo: creo que todavía me zumba en los oídos.
 » Pero no fué lo peor eso, sino que en mi aturdimiento, al llegar á una esquina doblé precipitadamente y por escapar de ellos eché á correr, y como todavía no me había acostumbrado á mirar por la careta, no observé unas cestas de verdura que una vendedora trashumante había colocado en la acera; tropiezo, y con toda la fuerza de mi carrera caigo por encima de ellas y me doy un gran golpe en la cabeza con el canto de las losas, haciéndome una horrenda herida en la frente, de que conservo la cicatriz que me adorna.
 » Quedé sin sentido; unas almas caritativas avisaron á los guindillas, que me llevaron al hospital, en donde estuve no sé cuántos días entre la vida y la muerte.
 » Cuando salí, la casa de huéspedes con aseo había desaparecido con mi equipaje, yo había perdido el año en la Universidad, y llegaba mi padre, que después de enjaretarme un buen sermón me tuvo hasta el otro curso empleado en las labores del campo en castigo de mis locuras, como él decía.
 » Desde entonces me he disfrazado de hombre de bien y me va perfectamente.»
 Llegó mi amigo á esta sazón y tuve que abandonar aquel sitio, en donde hubiera escuchado cosas muy buenas de las que suelen pasar en la villa del oso y del madroño en los días de Carnaval.
 J. M. G.

EL PREMIO DE UNA BUENA ACCIÓN



Buenos días, don Tiburcio,



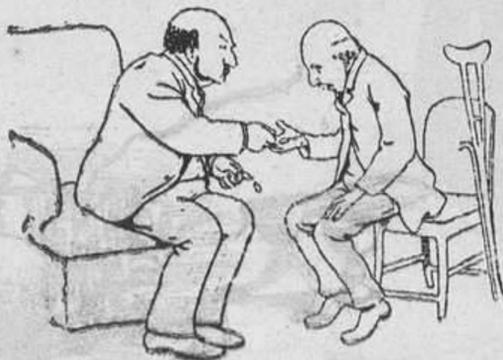
Soy un desdichado cojo



Que trabajar ya no puedo



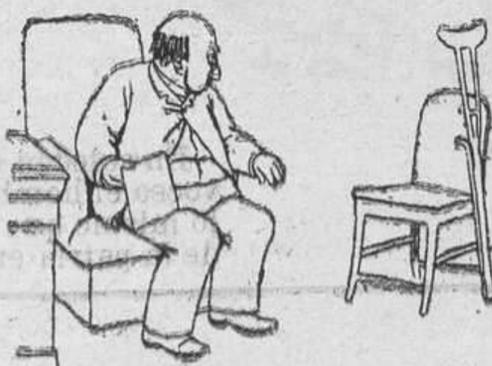
E imploro de usted un socorro.



- ¡Muchas gracias, muchas gracias! ¡Dios se lo pague en el otro! -



Y distraído se marcha



Sin sus muletas el cojo.



En soledad espantosa
 vocea el hombre sus géneros,
 lo mismo que algunos padres
 de la patria en el Congreso.



—¿Cómo se atreve usted á embarcarse—le preguntaron á un marinero que iba á emprender un largo viaje,—cuando todos sus antepasados de usted han muerto ahogados?

—¿Cómo han muerto sus antepasados de usted?

—Todos han muerto en su cama.

—¿Entonces cómo se atreve usted á acostarse todas las noches?

DESENGAÑO.

I

Tan grande era mi amor, bella Maria,
Que ayer, cuando advertí
Que de tus ojos una lágrima caía,
Sediento la bebí.

II

Hoy cambió por completo mi existencia,
Al ver tu proceder.....
Hoy... ya miro con gran indiferencia
Tus lágrimas caer!

JOSÉ M. SOLÍS Y MONTORO.

Con buen pié comienza la temporada cómica el teatro Catalán.

Al estreno de la linda comedia *Mala jugada*, arreglada por el Sr. Casanovas, ha seguido el de la obra póstuma del malogrado escritor catalán Sr. Pelay y Briz *L' Agulla*. Aparte de algunos defectos, que no deslucen el conjunto del drama, es una producción cuyo éxito constituye un nuevo timbre de gloria para el teatro regional.

La versificación esmerada revela el estro poético de su malogrado autor, cuya pérdida llorarán siempre las letras catalanas.

La empresa del teatro Catalán es digna de encomio por haber dado á conocer una obra tan notable y que siempre será recibida con aplauso.

Nos place consignar al mismo tiempo, que la compañía que actúa en este coliseo pone especial cuidado en el desempeño de las producciones catalanas, de tal

manera que, como dispierta la buena memoria de los actores que tanto renombre alcanzaron en aquel escenario, el público que se había retraído de concurrir á aquel coliseo, vuelve á llenarlo diariamente.

El jueves, por ejemplo, el teatro estaba brillante y no dudamos que á seguir por este buen camino emprendido, el coliseo de la calle del Hospital será el de moda de la actual temporada de invierno.



Un perro grande que tiene en la Rambla establecido, sin pagar contribución, comercio de perros chicos.

Después de la vista de una causa:

—Papá, ¿por qué se dice la espada de la ley?

—Porque cuando los jueces interrogan al acusado, hacen todo lo posible para que se corte.

CHARADA, por Reyes.

*Prima y tres, en geometría,
dos primera, entre animales.
Y á mí se me importa un todo
que la charada no saques.*

—Los señores que viven en el cuarto segundo ruegan á la señorita que no toque el piano ni esta noche ni mañana, porque se ha muerto una persona de la familia.

La señora del principal muy enfadada:

—Dígales usted que no me es posible complacerles: que todo lo que puedo hacer es no tocar más que marchas fúnebres.

*Fué tu amor mi Primavera;
Tus celos fueron mi Estío;
Tu ausencia, el Otoño mío;
Y porque Invierno tuviera,
¡me dejó tu boda... frío!*

La señora está en grave conferencia con la modista.

La camarera las interrumpe.

—Señora, ahí está el médico.

—¡Jesús!—exclama la señora apurada.—No puedo salir. Dile que estoy enferma.

En un establecimiento balneario.

El duque de R... se adelanta y dice á una joven:

—Señorita, tiene usted un tipo español muy pronunciado. ¿Su padre de usted es andaluz?

—No, señor, carnívero.

REFRÁN EN ACCIÓN.



SOPA DE ARROZ CON LECHE.



Después de bien lavado, se hace cocer en suficiente cantidad de leche, y se sazona con sal ó con azúcar, según el gusto de cada uno, sirviéndolo al momento; hay que tener cuidado de menearlo á menudo; también puede hacerse con leche de almendras, pero téngase presente que se necesita un cuarterón de almendras dulces y cuatro de almendras amargas para hacer medio azumbre de leche.

PENSAMIENTOS.

Lo que las mujeres quieren, es ser preferidas.

Es preciso amar á los amigos, como los verdaderos aficionados aman los cuadros: poner los ojos en los detalles hermosos y no ver los demás.

Una injusticia hecha á uno solo es una amenaza para todos.

A UN ECO.

Eco de estas montañas, que sonoro
Mis suspiros repites á los cielos:
Si entre las quejas de mi amargo lloro
Decir me oyeras: «Flérida, te adoro...»
Calla, por Dios, ó moriré de celos.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

Está preso un bribón que ha sufrido ya cinco ó seis condenas por robo.

Se acerca el momento del juicio oral, y le dice al escribano que le hace la notificación:

—Eso no puede ser, mi abogado está enfermo, y es preciso aplazar el juicio oral ocho días.

—Pero, hombre, si te cogieron en flagrante delito con las manos metidas en los bolsillos del individuo, ¿qué va á decir tu abogado para defenderte?

—Pues justamente por eso, tengo curiosidad de oírle: á ver qué va á decir.

ROMPE-CABEZAS, por Angel Suero.

CLETO GRAUS
1 2 3 2 1 1 3 4 3 1

Con las letras que preceden, empleadas cada una tantas veces como indica la cifra colocada debajo, formar un refrán español.

Enrique y Julia estaban en la luna de miel.

—¡Te quiero mucho, vidita! decía él.

—Pero, ¿es verdad?... ¿De manera, que á nadie que-rrás más que á mí?

—¡Tú eres la sola mujer á quien querré toda mi vida!

—¿Así es que si yo muero no te volverás á casar?

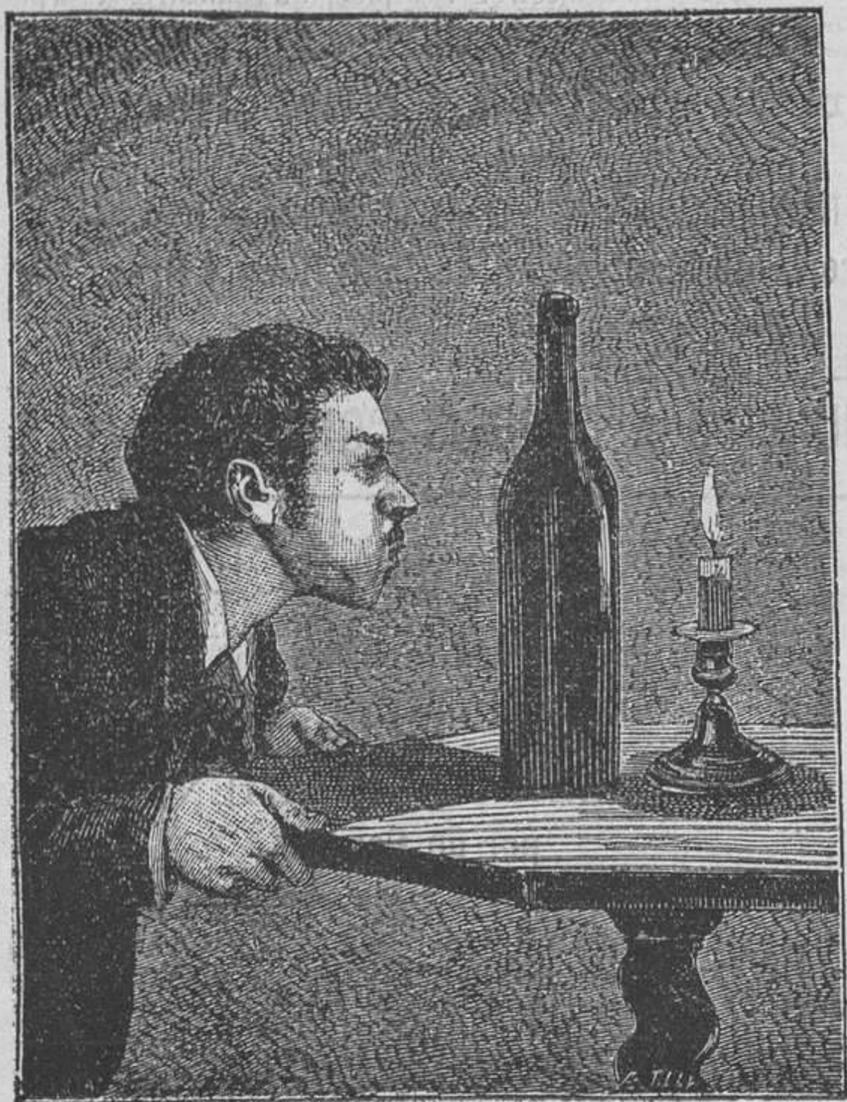
—¡Jamás!

—No puedo creerlo, Enrique; eres muy picarillo, tú me engañas.

—Pues, no dudes, vida mía, que así será; y si no, ya verás cuando te mueras como no te engaño.

—¡Gracias, gracias, Enrique; y qué bueno eres!

FISICA RECREATIVA.



Si delante y á algunos centímetros de una bujía encendida colocamos una botella de las usualmente empleadas para el vino y soplamos sobre esta botella á unos 20 ó 30 centímetros de la misma y á la altura de la llama, se apagará la bujía como si no existiera la botella, á pesar de que ésta intercepta el soplo entre nuestra boca y la llama. El fenómeno queda satisfactoriamente explicado considerando que al recibir la botella el soplo sobre su bruñida superficie, lo divide en dos corrientes, una que pasa por la derecha y otra por la izquierda. Estas dos corrientes, guiadas por la pulimentada superficie, se encuentran en el punto ocupado por la llama y la extinguen después de desalojar el aire que la rodea.

Es indudable que el experimento puede hacerse valiéndose de un pedazo de cañón de estufa, ó de un objeto cualquiera de vidrio ó metal, como una caja de hoja de lata, con tal que sea de forma cilíndrica y aunque su diámetro sea mayor que el de la botella. Lo necesario es que la superficie no sea rugosa ni angulosa, porque las arrugas y los ángulos extinguirían la fuerza del soplo, perdiéndose en el ambiente antes de llegar á la llama de la bujía.

LA SAL.

El doctor Burggrave, de la Universidad de Gand, en Bélgica, acaba de dar á luz una obra en la que trata de demostrar que los que sigan sus instrucciones pueden alcanzar edades muy avanzadas. El gran remedio que dice que ha descubierto para todas las enfermedades es la sal, la que, segun sus afirmaciones, conserva la vida cuando se usa de la manera debida.

Segun su teoría, la sal lo arregla todo. Si la sangre está muy espesa, la sal la clarifica; si está empobrecida, la sal la fortalece, y la dá los elementos de que carece. Cita varios ejemplos en apoyo de sus afirmaciones.

En otros tiempos el mayor castigo que se daba en Holanda á los soldados que faltaban á sus deberes consistía en darles pan sin sal. Después de algunos meses de este régimen, los desgraciados casi siempre fallecieron. En Sajonia, á fines del siglo pasado, una epidemia terrible assolaba al país, causada únicamente por la falta de sal.

Nos aseguran además que es un remedio infalible para la tisis y el cólera.

Los campesinos rusos, en una ocasión, se salvaron de una peste echando sal en la leche que consumían. Calcúlase que cada persona adulta que goce de buena salud, debe consumir diariamente las dos terceras partes de una onza.

Antes de terminar, dice que si todo el mundo adoptara el uso de la sal, los centenarios serían tan numerosos como los niños.



Los que empujan el carro de la justicia.

SOLUCIONES

á lo insertado en el número anterior.

REFRÁN EN ACCIÓN: La cabra tira al monte.

CHARADA: Cabello.

ACERTIJO: David.

BIFRONTE: Zorra.

GEROGLIFICO: La ociosidad es la madre de todos los vicios.

LA MARGARITA EN LORCHES

**Antibiliosa, antiherpética, anties-
crofulosa,
antisifilítica y reconstituyente**

Según la *Perla de San Carlos*,
Dr. D. Rafael Martínez Molina, con
esta agua se tiene la salud á do-
micilio.

En el último año se han vendido
más de cuatro millones de purgas
La clínica es la gran piedra de
toque en las aguas minerales, y
ésta cuenta 42 años de uso gene-
ral y con grandes resultados para
las enfermedades que expresa la
etiqueta.

DEPÓSITO ENTRAL:

Jardines, n.º 15, bajo, derecha,
MADRID

Y se venden también
en todas las farmacias y droguerías

LA PANDERETA

SEMANARIO LITERARIO Y FESTIVO

ilustrado con profusión de dibujos

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	CUBA Y PUERTO-RICO	REPÚBLICAS AMERI- CANAS
Un semestre. 2'60 pts.	Un semestre. . 3 pts.	Un semestre. . 4 pts.
Un año. . . 5'20 »	Un año. . . . 6 »	Un año. . . . 8 »

Número suelto: 10 CÉNTIMOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Librería de Montserrat, de Juan Roca y Bros,
Calle Jaime I, 13.—BARCELONA.

LOS ANUNCIOS Á PRECIOS CONVENCIONALES

DICCIONARIO GENERAL

DE LA

LENGUA CASTELLANA

por *Don Lorenzo Campano*

Forma un abultado volumen, siendo su precio
5 ptas. y se enviará por el Correo certificado.

UNA SEÑORA VIUDA SIN HIJOS,
se ofrece á prestar sus servicios en
una casa decente, en clase de mayor-
doma (ama de llaves) ó bien cuidar
personas ancianas.

De sus recomendables antecedentes
informarán en la redacción de este pe-
riódico.

PLANO DE BARCELONA

El más completo de todos los publicados. Vénde-
se á 1'50 ptas. Por el Correo 0'25 ptas. de aumento

FILIPINAS

PROBLEMA FUNDAMENTAL

por un Español

de larga residencia en aquellas islas.

Este interesante é instructivo libro, véndese en
nuestra Administración á 1 pta. en rústica. Por el
correo 0'25 ptas. aumento.

EN LA IMPRENTA de este pe-
riódico, Jaime I, 13, se verifican
toda clase de impresiones con per-
fección y economía.

PEQUEÑECES

CELEBRE NOVELA

DEL INSIGNE

Padre **LUIS COLOMA**

Su precio 3 pesetas en rústica y 5 pesetas encuadernada, formando
dos regulares tomos. Por el Correo una peseta de aumento, y se enviará
certificada. Para los pedidos dirigirse á nuestra Administración.

Todas estas obritas hállanse de venta en nuestra Administración

Jaime I, 13.—Barcelona.

